



## Homilía

# Acción de gracias por la beatificación de Juan Pablo II Conclusión Triduo en honor de San Juan Grande, Patrón de la Diócesis

Santa Iglesia Catedral Jerez, 3 de junio de 2011

*Il<sup>tm</sup> Sr. Deán; Sres Vicarios; Sr. Rector del Seminario; sacerdotes concelebrantes; religiosos/as. Saludamos hoy especialmente a los Hnos de S. Juan de Dios; seminaristas; Sres Representantes de Instituciones diocesanas; hermanos todos:*

En esta tarde, nuestra Iglesia diocesana, representada por su presbiterio, la vida consagrada y los laicos, en esta iglesia madre que es nuestro templo catedralicio, concluimos el Triduo el honor de nuestro Patrón San Juan Grande con la intención especial de dar gracias a Dios y manifestar nuestro gozo por la beatificación del amadísimo Papa Juan Pablo II, quien canonizó a nuestro querido Patrón, erigió canónicamente nuestra Diócesis y a quien todos nosotros recordamos con verdadero cariño por los largos y fructuosos años de su ministerio como Pastor Supremo de la Iglesia. El reconocimiento de sus virtudes heroicas así como el de una curación milagrosa atribuida a su intercesión, culminó el camino para su inscripción en el número de los bienaventurados, y se ha convertido ya en un modelo para todos nosotros: "el testimonio de Karol Wojtyla continúa iluminando a todos los fieles y nos estimula a seguir a Jesús con la valentía de la fe, a amarlo con el mismo entusiasmo". Evocamos, por tanto, algunos rasgos de su persona, así como de su itinerario pastoral como sucesor de Pedro.

### **Firme en la fe**

En primer lugar, en Juan Pablo II podemos aprender concretamente qué cosa es una fe fuerte, firme; cómo la fe se hace vida, no sólo creencia; cómo se puede optar en la vida por seguir las promesas de Dios poniéndolas por encima de todo. A pesar de los momentos duros que le tocó vivir tanto en el en el ámbito familiar -huérfano de madre desde niño, pierde al único hermano de adolescente y al padre de joven, quedándose solo en este mundo...- como debido a las circunstancias políticas de su país -invadido primero por el nazismo, lo cual le obliga a interrumpir sus estudios y trabajar como obrero en una fábrica; y más tarde dominado por un régimen que trató de imponer a la fuerza la ideología marxista que intentó organizar la sociedad negando toda trascendencia y persiguiendo al hombre de fe...- fueron moldeando en él una fe intensa y profundamente sólida que, con la gracia de Dios, el amor a Jesucristo y la devoción tiernamente sentida a la Virgen María, le llevaron primero al sacerdocio, más tarde a ser el Obispo más joven de su generación y Arzobispo en su misma Diócesis de Cracovia, para, finalmente, ser elegido sucesor de Pedro, el Apóstol, sobre cuya fe confesada fue primero alabada por el Señor como un don del Padre para a continuación ser designado como piedra sobre la cual Jesucristo edificaría su Iglesia:

“Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Y las puertas del infierno no prevalecerán sobre ella” (Cf Mt 16, 16).

En esta tarde, a la luz de la vida de San Juan Grande -cuyo triduo en su honor hoy concluimos, agradeciendo al P. D. José Luís Repetto, biógrafo oficial del Santo Patrono, sus desvelos y dedicación en esta parcela de la vida diocesana...-, que nos testimonia igualmente el poder de la gracia de Dios cuando encuentra un corazón abierto y confiado, y el profundo amor a Jesucristo y por El, la abnegación total por la causa del hombre..., me gustaría destacar dos pilares de las enseñanzas del Beato, que bien pudieran también ser características comunes del itinerario del Santo Patrono, tan centrado en la figura del Señor y

en todos aquellos en los cuales él veía un icono de Cristo, **“y éste crucificado”**, al decir de San Pablo, y que tan bien queda reflejado en el Evangelio que se ha proclamado:

“... porque tuve hambre y me disteis de comer ... estuve enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme ... cuando lo hicisteis con uno de estos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis” (cf Mt 25, 35ss)

### Acoger a Cristo

Elegido Papa con el nombre de Juan Pablo II, inaugura su ministerio con una frase fuerte, que marcó todo su pontificado: **“No temáis. Abrid las puertas de par en par a Cristo”**. En efecto, estas palabras, tan en consonancia con los saludos angélicos y los mensajes salvíficos de los cuales éstos han sido portadores de parte de Dios, podemos decir que llegará a ser como el eslogan de todo su pontificado y que se hizo palabra y mensaje concreto en su primera carta pastoral, la encíclica **“Redemptor hominis”**, “Jesucristo, Redentor del hombre”, que va a ser por eso mismo como la guía de todo su magisterio, tan rico en todos los aspectos –doctrinal, pastoral, moral, catequético...-.

Abrir de par en par las puertas a Cristo, acogerlo en el ámbito de la propia humanidad, es tener claro que Él no es en absoluto una amenaza para el hombre, sino que, más bien, es el único camino a recorrer si se quiere reconocer al hombre en su entera verdad y exaltarlo en sus valores frente al engaño introducido por el padre de la mentira, y manifestado en el laicismo reinante en nuestra sociedad postmoderna, donde Dios es presentado como enemigo del hombre. Es necesario, pues, que aparezcan cristianos que muestren que la experiencia de Dios merece la pena. En Jesucristo Dios nos invita a una aventura gozosa de amor y que a muchos los ha introducido en una aventura maravillosa de entrega y servicio.

Recogemos un punto de dicha enseñanza reflejada en la Exhortación Apostólica **“Christifidelis Laici”**:

“... una vez más repito a todos los hombres contemporáneos el grito apasionado con el que inicié mi servicio pastoral: «¡No tengáis miedo! ¡Abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas tanto económicos como políticos, los dilatados campos de la cultura, de la civilización, del desarrollo.

¡No tengáis miedo! Cristo sabe lo que hay dentro del hombre. ¡Solo Él lo sabe! Tantas veces hoy el hombre no sabe qué lleva dentro, en lo profundo de su alma, de su corazón. Tan a menudo se muestra incierto ante el sentido de su vida sobre esta tierra. Está invadido por la duda que se convierte en desesperación. Permitid, por tanto —os ruego, os imploro con humildad y con confianza— permitid a Cristo que hable al hombre. Solo Él tiene palabras de vida, ¡sí! de vida eterna» (n.34).

Por tanto hermanos, ante el triunfo del relativismo que estamos viviendo nada mejor que acoger en nuestro corazón ese mensaje de poner a Cristo en el centro de la vida y dejarnos iluminar por la verdad del hombre revelada en Jesús. Es Cristo **“el que manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”**. (Cf. GS 23). Él es la medida del verdadero humanismo que tanto necesita nuestra sociedad para no seguir avanzando hacia la dictadura del relativismo. Como Iglesia tenemos el deber de servir al hombre, de revelar el hombre al hombre, hacerle conocer el sentido de su existencia, abrirle a la entera verdad sobre él y sobre su destino.

### Seguir a Cristo

El segundo elemento a destacar es el seguimiento a Cristo, como vocación a la santidad. Dicho seguimiento tiene, como bien deja ver la Encíclica *Veritatis splendor*, una meta mucho más alta: asimilarse a Cristo y, de este modo, llegar a la unión con Dios. Llegar a ser bueno significa llegar a ser semejante a Dios. En este sentido escribe Juan Pablo II:

*“El amor y la vida según el Evangelio no pueden proponerse ante todo bajo la categoría de precepto, porque lo que exigen superan las fuerzas del hombre. Sólo son posibles como fruto de un don de Dios, que sana, cura y transforma el corazón del hombre por medio de su gracia”*. (Cf. VS 23)

En definitiva, el seguimiento es la comunión con Cristo, realizable en la vida sacramental. No es un argumento moral, sino un tema **“misterioso”**, un conjunto de acción divina y de respuesta nuestra. Es

participar de su cruz, unirse a su amor, para la transformación de nuestra vida, que se transforma en la vida del hombre nuevo, creado según Dios (cf. Ef 4, 24).

Ser seguidores de Cristo implica tener un gran sentido de pertenencia eclesial, de una pertenencia que marca la vida. Es esta la idea recogida en la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, donde el Santo Padre hace una llamada a la santidad para poder afrontar el reto de la cultura actual. Para ello reivindica la necesidad de la oración, la escucha de la Palabra y la participación de los sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación. Es decir, que vivan las riquezas espirituales encerradas en el Bautismo. Ser santo no significa otra cosa.

De esa misma riqueza bebió San Juan Grande, verdadero ***“apóstol de la misericordia”***, que hizo de la caridad, expresada en todos los matices de que es susceptible un corazón humano, un auténtico camino de ***“seguimiento”*** de Jesús al servicio de todos los necesitados del Jerez de finales del siglo XVI y murió mártir de dicha entrega porque ***“nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos”*** (Jn 15, 13)

### **Amor a María**

Finalmente, sólo destacar cómo en el drama de la ***“vida”***, -objeto de una de sus grandes encíclicas, *Evangelium vitae* y tan reiteradamente expresado por Juan Pablo II en la contraposición entre ***“cultura de la muerte”*** y ***“cultura de la vida”***, la figura de la Virgen María, imagen de la Mujer por excelencia, tiene para nuestro Papa un puesto singular. La ***“Redemptoris Mater”*** ocupó un lugar central en su corazón. ***“Totus tuus”*** fue su lema y nos lo ha dejado como una preciosa herencia.

También San Juan Grande, en la imagen de ***Ntra. Sra. de la Candelaria*** nos ofreció un ejemplo importante de lo que significa ser hijo de María y discípulo aventajado de su escuela como Madre y Maestra, sobre todo en la devoción al rezo del Santo Rosario en sus quince Misterios.

A María por tanto nos acogemos y a la Inmaculada, Patrona de la Diócesis encomendamos todos nuestros afanes y necesidades. Que Ella acoja la intercesión de nuestro Santo Patrono en favor de todos los enfermos así como la oración y ejemplo del Beato Juan Pablo II para que la próxima Jornada Mundial de la Juventud fructifique entre nosotros como una ocasión propicia de evangelización y llamada vocacional. Así sea.

**+ José Mazuelos Pérez**  
Obispo de Asidonia-Jerez